

# EDUCACIÓN Y REBELDÍA

Por Raúl Rivera Juárez

En la actualidad nuestra sociedad ha experimentado el nacimiento y desarrollo de lo que se ha dado en llamar "tribus urbanas". Éstas no son sino agrupaciones libres y espontáneas de grupos sobre todo de índole juvenil que adoptan ciertas actitudes, modas y formas de expresión que divergen de lo común y socialmente establecido. Entre las más conocidas podemos mencionar a los dark, los emos, punks, skatos, etc.

Las preguntas que surgen de inmediato al tratar de abordar el tema son, en primer lugar, ¿qué es lo que motiva a estos jóvenes a adoptar estos estilos de vida y formas de conducta? Y en segundo, ¿por qué han tenido tanto auge en nuestro país? Sobre todo si tomamos en cuenta que, en general, estos movimientos proceden originariamente de otras culturas.

A las interrogantes anteriores podrán dárseles múltiples respuestas. Aquí esbozaremos sólo una, que sin duda podrá ser complementada con otros enfoques.

Dijimos que una característica evidente de estas tribus urbanas es que están constituidas mayoritariamente por jóvenes. Ahora bien, se ha definido tradicionalmente al periodo denominado "juventud" como una etapa del desarrollo humano intermedio entre la niñez y la edad adulta y que

abarca del periodo de pubertad (alrededor de los doce a catorce años) y que llega hasta entrados los veinte años. También se asume el hecho de que en este espacio es en el que el individuo va forjando su identidad. Esta búsqueda de la identidad implica principalmente la asunción de ciertos valores y actitudes, es decir, el desarrollo de ciertas formas de entender y encarar la realidad.

Es en esta toma de conciencia de la identidad donde el joven aprende a ejercer su libertad y para esto debe elegir necesariamente una norma, un rol o modelo a seguir.

El mundo adulto, iniciando con la familia y posteriormente con la escuela, es el principal encargado de transmitir el sistema de valores (que contiene los roles y paradigmas sociales) al niño y después al joven.

El problema comienza cuando el adolescente comienza a desconfiar de la tradición que se le hereda. En lugar de sentirse identificado comienza a desconfiar cuando percibe cosas fuera de lugar, cuando de pronto se descubre atrapado dentro de un sistema de valores ambiguo, cambiante, o en parte o del todo contradictorio.

El joven ya ha dejado de creer en cuentos de hadas y ya sabe que los niños no vienen de París, ya es capaz de razonar y cuestionar al mundo que lo rodea. Se enfrenta por primera vez de manera consciente con el paradigma social. Y por desgracia este paradigma social dista mucho de ser perfecto.

Las disfunciones del sistema, ha medida que se desarrolla la intromisión del joven en el mundo adulto, se hacen más evidentes y en muchos casos insoslayables. Éstas sin mucho esfuerzo se pueden encontrar en el entorno familiar, escolar, político, sexual, etc.

Así, con frecuencia, las instituciones en vez de confirmar ciertos valores los frustran. Ante esto muchos jóvenes reaccionan manifestando una ausencia de fidelidad y de rechazo a los sistemas de creencia vigentes. Muchas veces lo asalta una sensación de futilidad. El joven entra en un estado de apatía e indiferencia, en un quietismo estéril que lo mantiene a la deriva y que se evidencia en una falta de compromiso, en una incapacidad de tomar decisiones. En otros casos el joven se revela abiertamente.

Así, si el adolescente se siente incapaz de asumir los papeles sociales más positivos, buscará alternativas para afirmar su identidad. Y es precisamente lo que brindan estos movimientos juveniles, una alternativa de conducta, se convierten en una nueva forma de encarar la realidad social. En este estado de decepción, o rechazo del mundo adulto y de búsqueda de nuevos paradigmas, para muchos jóvenes incluso los valores negativos se vuelven más tangibles.

Por lo anterior, si la sociedad no es capaz de brindar una identidad firme y saludable al joven, no será extraño que proliferen muchas más de estas nuevas tribus juveniles.